

***Économie des guerres civiles*, bajo la dirección de François Jean y Jean-Christophe Rufin, Hachette, París, 1996, 593 pp.**

Tras un título un tanto llamativo y que se refiere a un conjunto de problemas mucho más amplio que el tratado en el libro, Jean-Christophe Rufin, François Jean y otros autores nos introducen en un tema absolutamente apasionante; a saber: ¿cómo se financian los nuevos conflictos?

De hecho, después de la guerra fría y su sencillo sistema de «padrinos políticos» que, de un modo u otro, se hacían cargo del costo de la guerra, ha llegado la hora de los conflictos para los que es difícil encontrar nombre. A la simplicidad bipolar (por lo menos en apariencia) sucede el reino de la complejidad, la diversidad, la heterogeneidad, la reversibilidad y la mundialización. Ya no es posible interpretar todo desde una perspectiva ideológica simple. Por este motivo, para tratar de comprender, los autores parten de lo fundamental: el dinero, «médula de la guerra», y tratan de ver adónde esto los conduce. Además, como recuerda el título de la obra, las guerras internacionales son cada vez más escasas; ¿dónde están, en las actuales guerras de milicia, los Ministerios de Economía, Defensa y Relaciones Exteriores que, a uno y otro lado de la línea del frente, pueden asignar recursos para las actividades bélicas?

Volvamos a recordarlo: el libro no versa sobre todos los aspectos económicos de la guerra ni sus posibles «causas económicas» ni tampoco el modo en que los individuos, actores y objetos económicos tratan de sobrevivir durante la guerra. El libro versa, de manera bastante detallada, sobre el origen de los fondos que permiten que existan y perduren las guerras.

«*Économie des guerres civiles*» está dividido en cuatro partes. En el prólogo se plantean los problemas de la obra y del tema. A continuación, se presenta el marco teórico que permite hacer una clasificación de las dinámicas económicas en las situaciones de conflicto. En la tercera parte, figura una serie de estudios de caso (Líbano, Kurdistán, Afganistán, Camboya, Sudán del Sur, Bosnia-Herzegovina, Liberia, Mozambique, Perú-Colombia), escritos por especialistas en la materia y en los que se

exponen diferentes temas. La última parte contiene varios estudios multidisciplinarios (embargo y delincuencia, terrenos y redes, droga, ayuda humanitaria y economía de guerra, etc.).

En busca de un marco teórico

Las guerras se sustentan principalmente gracias a cinco tipos de recursos: los ofrecidos por otros países, los que se consiguen controlando la ayuda internacional, los bienes que se obtienen de la población, la confiscación de los recursos exportables y, por último, el control del funcionamiento de una parte o de la totalidad del sistema económico, que suele darse en las situaciones de penuria durante los conflictos. En la introducción teórica, se clasifican los conflictos en función del origen del sistema que genera los fondos que posibilitan que la guerra exista. Durante la guerra fría coexistían dos grandes tipos de economía de guerra: por un lado, la llamada economía de las guerras limitadas a países o a contextos que buscaban el apoyo más de la población que del exterior; por otra parte, con mucha más frecuencia, la economía de las guerras abiertas, que se apoyaba en los *santuarios* transfronterizos. Estos *santuarios*, descritos detalladamente por J.-C. Rufin en otra obra (*Le piège humanitaire*, 1985) eran, según los casos, más o menos militares o humanitarios, pero tenían todos el mismo objetivo: mantener un conducto por el cual hacer llegar los fondos destinados al conflicto. Según los autores, el final de la guerra fría acabó con estas estrategias. Sin embargo, la crisis de los refugiados ruandeses en Zaire y la inestabilidad que a causa de ella ha perdurado en Ruanda desde 1994 y que ha llevado a la situación que todos conocemos, nos convencen de que las estrategias de los *santuarios* tienen tal vez un muy buen futuro por delante. Como fuere, los conflictos desencadenados después de la «caída del muro de Berlín», aunque sean guerras en las que ya no están en juego las ideologías, deben sustentarse gracias a algo: hay que pagar a los soldados, comprar armas, municiones, etc. Los actores de estos conflictos han empleado pues estrategias de autofinanciación que ya existían en su mayoría, pero que resultaban insignificantes en comparación con otras fuentes. Se trata de las economías basadas en el saqueo, la apropiación de la ayuda internacional, la tributación (economía de milicias), los vínculos con el narcotráfico, el establecimiento de redes mafiosas para controlar el flujo de bienes y de dinero, el control de los recursos naturales (bosques) o extractables (piedras preciosas, látex). El autor destaca la importancia de estas nuevas estrategias económicas por lo que atañe a la conducción de las hostilidades, lo que ahora tiene sumo interés para el CICR. Así, la estrategia del saqueo de la población se ve substituida

por guerrillas difusas que suelen basarse en el terror («Sendero Luminoso» en Perú, RENAMO en Mozambique, etc.). Una guerra financiada controlando los recursos extractables llega a ser, casi necesariamente, una guerra de posición: control de minas y plantaciones, rutas y puertos. Cuando la economía del conflicto requiere el incremento de la producción de droga, se inscribe en el espacio por la existencia de zonas «off limit»; ¡y cuidado con los equipos humanitarios que se aventuren a penetrarlas! Cuando lo que está principalmente en juego es la apropiación de la ayuda humanitaria, se lucha por el control de los puntos de entrada y de distribución de ésta, así como por la imposición de tributos a los pueblos que de ella se benefician. Por último, cuando la delincuencia se convierte en el motor del sistema de financiación de un conflicto, y luego de la autoridad y del poder de sus actores, el sistema tendrá rápidamente características muy particulares y peligrosas: Novi Ataguí está ahí, tal vez, para recordárnoslo. La gran dificultad radica en que estas diferentes modalidades pueden combinarse en función de tres factores: división (factor interno), redes de diásporas y, por último, mundialización de los intercambios y del crimen organizado.

Falta a este excelente estudio un análisis de las respuestas de las poblaciones y de los actores frente a tales situaciones, es decir: ¿cómo funciona la economía en las bases? ¿permite ésta que los pueblos sobrevivan? Los estudios de caso aportan algunos elementos complementarios a este respecto.

Realidades difíciles de analizar

Ilustra este tema una serie de estudios de caso, siguiendo un método didáctico muy experimentado (especialmente por Médicos sin Fronteras y la colección «Populations en danger», dirigida por François Jean, uno de los codirectores de «Économies des guerres civiles»). Los casos elegidos conciernen a los cinco continentes (África, Asia, Oriente Próximo, Europa, América Latina) y sólo cabe lamentar que falte la ex Unión Soviética; cada uno de ellos aporta una dilucidación especial con respecto a uno o varios de los temas presentados en la introducción. En este sentido, el caso del Líbano es bastante claro con respecto a los procesos de degradación del sistema del Estado, de la aparición de las economías milicianas y del incremento del tráfico de droga. El caso relativo a Kurdistán ilustra, más en particular, las dinámicas de clientelismo y de captación de la ayuda internacional. En Liberia, además de aprovecharse con regularidad de la organización de la asistencia humanitaria, el conflicto se financia gracias al comercio del látex con grandes empresas tales

como Firestone. El ejemplo de Afganistán es muy revelador por lo que se refiere a la influencia de los problemas económicos zonales en el funcionamiento de un conflicto interno: los padrinos, esta vez, ya no están impulsados por motivos ideológicos, sino sencillamente por la multiplicación de su capital, por lo que la guerra se convierte en un medio para hacer un nuevo negocio. A fin de que los combatientes del bando que se haya elegido dispongan de fondos para la guerra, se les ofrece financiación directa, facilidades para desarrollar redes de producción y de transformación de la droga, y la aceptación de diversos tráficós. Lo que sucede en Camboya nos recuerda que, aunque algunas fuerzas político-militares sigan empleando un vigoroso discurso ideológico, y aunque traten de usar el desbarajuste económico del Gobierno como argumento político, no les impide recurrir a prácticas económicas que devastan su propio país: los bosques del norte y del oeste de Camboya pagan las tristes consecuencias.

Elucidaciones multidisciplinarias

La obra se completa muy apropiadamente con cuatro estudios multidisciplinarios, a los que se llama equivocadamente «factores generales». En el primero se trata de comprender la relación existente entre el embargo y el aumento de la delincuencia. En primer lugar, un rápido vistazo a unos veinte casos de embargo demuestra la inutilidad de esta herramienta política internacional, que sólo funciona cuando lo que está en juego no es muy importante, y cuando el país en cuestión es a su vez débil. Cuando se trata de un Estado fuerte o de un Estado débil pero con riquezas naturales, el embargo no funciona. Las formas de eludir el embargo empleadas por el Estado o por los países vecinos logran un resultado muy simple: el desarrollo de redes paralelas que rápidamente llegan a ser criminales. Por último, estas medidas tienen siempre cuatro consecuencias: empobrecimiento general de la población (y especialmente de los más vulnerables), empobrecimiento del aparato del Estado, enriquecimiento de un grupo reducidísimo y ampliación de las redes mafiosas. ¡Dramático! En este estudio multidisciplinario sobre el embargo, es donde se aborda más adecuadamente el tema de la economía de guerra cotidiana. Además, se hace un paralelo entre ésta y la economía de guerra propiamente dicha: del rancho del soldado al tesoro de los jefes de la guerra, de la evolución del perfil de la producción y las tasas de cambio a las dinámicas inflacionistas e hiperinflacionistas, de las estrategias de ahorro a la búsqueda de «valores refugio» (dólares, oro, etc.). El enfoque es, sin embargo, muy macroeconómico y quien conoce las situaciones de crisis busca referencias de microeconomía relacionadas con las actividades para

la supervivencia cotidiana: crecimiento del sector de reventa minorista, surgimiento de actividades nuevas o no zafrales, descapitalización progresiva de los aparatos de producción, etc.

En el segundo estudio se aborda la cuestión del vínculo, cada vez más evidente, entre los conflictos internos y las redes internacionales de la droga. Durante la guerra fría, ya se recurrió a este sistema —por lo menos en parte— especialmente la CIA, que financiaba de este modo sus redes de combatientes en las montañas de Vietnam y en Laos. El final de los «padrinos políticos», que permitió el afianzamiento de los «padrinos de la droga», no ha hecho más que ampliar este sistema. Las facciones en guerra, que desean disponer de grandes cantidades de dinero fácil, que puedan movilizar con una organización sencilla, deben poder comercializar productos que tengan gran valor con relación al peso. Pero, como no todos poseen los diamantes de UNITA o de RUF, siempre queda la adormidera, la coca y el cáñamo. De Perú (véase el estudio de caso) a las montañas de China, pasando por Afganistán y por Oriente Próximo, todos participan en este sistema, que da como resultado el gran comercio internacional de narcóticos. El análisis multidisciplinario del papel de las diásporas en la financiación de los conflictos se realiza con el máximo rigor. La clasificación esbozada en función de un considerable número de factores (étnicos, históricos, económicos, de organización, culturales, etc.) hace posible volver a examinar los casos no tratados en la obra, para analizarlos de modo pertinente y comprender mejor las dinámicas internas y el papel que juegan en los conflictos concretos. Nos encontramos, pues, ante una clasificación que sirve como herramienta de análisis. Finalmente, el último estudio —muy interesante por cierto— se refiere a un tema ya tratado más detalladamente por otros autores, entre los que se cuentan los dos codirectores de *Économie des guerres civiles*; se trata de lo siguiente: ¿se mantienen los conflictos gracias a la ayuda humanitaria? Se hace así un saludable llamamiento al ejercicio de la vigilancia, ya que en este ámbito, como en muchos otros, cuando uno se acerca a las crisis, más vale que los ingenuos se mantengan al margen.

Conclusión

Esta excelente obra, en la que se mezclan reflexiones teóricas (tanto polemológicas como económicas, geográficas o, simplemente, políticas) y confrontaciones con una realidad heterogénea (conjunto de los estudios de casos) muestra la gran variedad de situaciones que existen, y nos lleva a realizar un esfuerzo para separar las causas de los meros efectos. Aunque, en determinados casos, la economía llega a desempeñar un papel

fundamental en el desencadenamiento de las hostilidades, en la mayoría de ellos está subordinada a distintos objetivos: políticos, sociales, étnicos, de seguridad, etc. En estos casos, la economía no hace más que proporcionar el «combustible» necesario para el conflicto. Por lo tanto, sería falso, y hasta peligroso, creer —y, sobre todo, decir— que a todos los combatientes les induce solamente el afán de lucro. Pero también sería igualmente peligroso olvidar, al hacer un análisis para el CICR y los demás agentes en las zonas de conflicto, que el dinero, «médula de la guerra», es multiforme y omnipresente, y que buscarlo puede llevar a cometer los actos más salvajes.

Asimismo, cabe poner de relieve el gran peligro que representan, durante las postguerras, las estructuras mafiosas, la costumbre del lucro rápido «a punta de Kaláshnikov» y los sistemas paraestatales para el tráfico o la apropiación de recursos, surgidos durante el conflicto.

Por último, el lector habrá comprendido que, aunque es necesario financiar la guerra, la economía de las guerras civiles no se limita a esta dinámica, ya que miles de mujeres y de hombres luchan cotidianamente por la supervivencia creando, de esta manera, «otra economía dentro de la guerra civil». Se trata de un tema amplio y apasionante, que sigue siendo muy difícil de desbrozar, pero eso ya es otro asunto.

En cualquier caso, este es un libro que deberían leer todos los que se dedican al trabajo humanitario.

François Grunewald
ex delegado, consultor del CICR